

(02044)

Déjalo correr

Sabía dónde encontrar a don Faustino a aquella última hora de la tarde. Eran los primeros días de la primavera. Mi ex-profesor favorito pasaba buena parte de esas todavía frías tardes en un lugar poco concurrido a esas horas, un lugar confortable donde leer, charlar o simplemente descansar.

Cuando entré en el bar de Manolo fui directa hacia la parte del fondo. Allí estaba don Faustino, solo, enfrascado en un problema ajedrecístico que consultaba de un libro que tenía a un lado. Delante, el tablero de ajedrez con unas pocas piezas. Nunca he entendido este juego, que encuentro desesperante.

Me senté enfrente sin pedirle permiso, como tantas otras veces. Con la mirada fija en el tablero me espetó:

—Y aquí llega Susana Crespo dispuesta a amargarme la tarde con una cuestión irresoluble...

—Si tiene uno de sus días aciagos me voy ahora mismo, don Faustino. Pero que conste que yo aún no he abierto la boca. Si tiene problemas para matar al rey no será por mi culpa...

Don Faustino levantó la vista, con las cejas enarcadas y la boca bobaliconamente medio abierta, en un gesto más que ensayado. Se lo había visto hacer otras veces.

—Ten cuidado con lo que dices Susana, y más si lo dices a voz en grito en un lugar público. Mira —dijo señalando hacia una ventana con su barbilla—, por ahí pasa una patrulla de la Guardia Civil. Lo mismo podían haber entrado en este momento.

—¿De qué me está hablando, don Faustino?

—Que uno no sea monárquico no quiere decir que esté dispuesto a cometer regicidio.

—Don Faustino, déjese de chanzas que no sé de qué me habla.

—Sabía que tu visita me complicaría la tarde —dijo el profesor volviendo su atención sobre el tablero.

—Sólo quiero que me dé una información, ya que es usted una biblia de Mospintoles.

Esta vez don Faustino sólo levantó una ceja y me miró con recelo. Recuerdo que fue la izquierda.

—He conocido la historia de una persona que tendrá su edad, y que lleva mucho tiempo viviendo en Mospintoles. Y me preguntaba si usted podría rellenar mis lagunas con algún dato biográfico.

En ese momento apareció Manolo, el dueño del bar:

—Susanita, rica, que esta mesa no me produce... A ver si me haces una consumición, que Faustino lleva ahí toda la tarde con el ese libraco que sabe dios de dónde ha sacado.

—Es un libro de ajedrez retrospectivo —anunció el profesor, sacándonos de la ignorancia.

—Retrospectivo o prospectivo, con el frío que hace hoy cerraré el bar con déficit.

—Si no vendes quedarás a cero, pero no con déficit, *espabilao*—me lancé yo amparada por una vaga confianza que Manolo se encargó de borrar del siguiente plumazo.

—No te jode, la sabiondilla esta. A ver si te piensas que la luz me la paga el ayuntamiento y que los impuestos de hoy me los perdona Hacienda...

—Ponme un café con leche en vaso, y mira a ver si te quedan algunos churros de la mañana —solicité con resignación contributiva.

Don Faustino seguía enfrascado en su tablero, moviendo piezas atrás y adelante como si de un estúpido vals se tratara.

—Don Faustino, ¿conoce usted a Iñaki, el hombre que está siempre en el parquecito Ignacio González Sanz?

Pareció como si a don Faustino le hubieran pinchado en las nalgas del brinco que pegó. A Manolo se le cayó en aquel momento el platillo del vaso de café, haciéndose añicos. Vi que se miraron largamente, en silencio... Me giré y vi un asombro cercano al pavor en la cara de Manolo. Era como si hubiese mentado el nombre de algún espíritu primigenio lovecraftiano.

—Veo que ambos le conocen. ¿Quién es ese hombre?

—¿Qué te han contado, chiquilla? —me preguntó don Faustino mirándome a los ojos fijamente.

—Pues nada del otro jueves. Que fue campeón olímpico y europeo y no sé qué más.

—Ni fue campeón olímpico ni europeo. Déjalo correr.

—¡Ay, dios!, me han puesto ustedes nerviosa... Me han dicho que ganó dos diplomas olímpicos, y que obtuvo varios podios en los campeonatos de Europa. Que fue un portento y que pudo haber sido una leyenda de haber nacido en la Rusia de aquellos años. Pero me han recomendado no entrevistarle. La verdad es que me han metido la miel en los labios, y aunque no voy a molestar al buen señor, ahora yo quiero saber más. Por favor, cuéntenme algo más de él.

Manolo tiró sobre la mesa un platito con media docena de churros recalentados y miró desafiante a don Faustino. Mi querido profesor le devolvió la mirada y torció el morro.

—Cuéntale tú algo, Manolo...

—Mejor lo haces tú, Faustino, que tienes más mano con estas cosas.

Y se retiró a la mesa que estaba al otro lado del pasillo que lleva a los baños y a la trastienda. Desde la barra, unos parroquianos que estaban a lo suyo

abandonaron el local en ese momento dejándome sola con aquellos dos hombres que estaban en posesión de, por lo visto, un terrible secreto. Yo era toda oídos.

—Iñaki nació en el cincuenta. Y lo hizo aquí, en Mospintoles. Ha vivido aquí toda su vida. No sé por qué dices que lleva tiempo viendo aquí.

—Ahí va la hostia, pues porque creí que era vasco... —dije fingiendo un deje del norte para hacerme la graciosa.

—Su nombre completo es Ignacio González Sanz, y...

En ese momento se me atragantó el trago de café que estaba tomando y tuve que apartar la cara para toser fuertemente.

—Mira, Faustino. Se ve que la chica está atenta y lo coge todo a la primera. Es listilla tu alumna, sí...

—Debajo de ese aspecto aparentemente descuidado, Manolo, se esconde una de mis alumnas más aventajadas, la cual quiso darse un paseo por la Universidad haciendo lo que para ella era una carrera facilita. No ha querido esforzarse, pero ella y yo sabemos que podía haber terminado una carrera seria de habérselo propuesto. Y encima se permitió perder un año en el empeño.

Para cuando terminó esta alabanza a mi intelecto por parte de don Faustino, no exenta de recriminación, ya me había restablecido de mi acceso.

—Continúe, por favor... Soy toda oídos.

—Y procura ser también toda garganta, maja, sin que por ello me vayas a malinterpretar, rica.

Ni don Faustino ni yo hicimos observación alguna a Manolo.

—Te decía que 'Ignacio Sanz' es mospintoleño de pura cepa. Fue compañero nuestro en el colegio. Era un chiquillo tremendamente fuerte para su estatura, y de ahí le vino el sobrenombre de Iñaki; cosa de críos. Creo recordar que alguien había visto un levantador de piedras vasco con ese nombre en algún noticiario del cine: el Nudo, no sé si habrás oído hablar de él.

—Vaya al grano, don Faustino, por favor; no se pierda en dibujos.

—No hay mucho más que contar. Ignacio comenzó a entrenar en el gimnasio que gestionaba el Frente de Juventudes en Mospintoles. Destacó en alguna prueba halterófila y desde la federación española se fijaron en él. Comenzó a entrenar, ganó varios certámenes y gozó de gran popularidad durante un tiempo. No supo administrar la fama y el dinero que le llegaba y cuando declinó su carrera deportiva se fueron apagando las luces a su alrededor y se encontró sin trabajo y sin oficio. Quiero decir, que no sabía hacer nada aparte de levantar pesos.

—¿Y a qué se dedicó? ¿Cómo se ganó la vida después?

—Visto que quedaba prácticamente en la indigencia, en plena Transición española, en el ayuntamiento se apiadaron de él y le ofrecieron un trabajo... al menos acorde con sus habilidades laborales...

—Faustino, no te andes con ambages. Le pusieron de barrendero, Susanita, porque no sabía ni hacer la o con un canuto.

—No hay por qué ser déspota, Manolo.

—Pero es verdad... ¿o no...?

—Sea como fuere, 'Ignacio Sanz' estuvo trabajando durante un tiempo en las calles de Mospintoles, en nuestros tórridos veranos y en nuestros gélidos inviernos continentales. Vivía solo, como ahora, y no se cuidaba.

—Que le dio por beber, quizá para olvidar las bellas noches de que disfrutó. Faustino, macho, que con eufemismos vas a acabar faltando a la verdad, macho...

—Mucho antes de cumplir los cincuenta años comenzó a padecer unos dolores que le impedían desenvolverse en su quehacer diario. Cuando le atacaban ni siquiera podía empujar el carrito de la limpieza, él que había sido tan fuerte...

—¿Y qué tenía?

—Le atacaban unos calambres en los antebrazos y en las manos. Además la espalda comenzó a resentirse de tantos esfuerzos hechos. Los médicos no se atrevían a operarle, y el Ayuntamiento, que tan bien se había portado con él, no tuvo dinero para pagarle un especialista. Tenía destrozados, y tiene, varios discos de las vértebras.

—Y los seguirá teniendo, Faustino. Tendrá esos dolores mientras viva. A saber qué tomó o qué le dieron a ese pobre diablo en esas concentraciones... Se lo llevaban a los países del Este "a tecnificarse", pagado todo por el Estado del tardofranquismo, que buscaba campeones deportivos, como todos los regímenes totalitaristas, que quieren dar imagen del bienestar que hay en su país a través de las gestas deportivas de cuatro mártires sacrificados.

—Como ves, Susana, Manolo y yo mantenemos posturas contrapuestas, aunque no enfrentadas.

—No, macho. Es que tú al blanco le llamas pálido y al negro le llamas poco pálido...

—Pues a mí me gustaría hacerle un homenaje. Que se lo hiciera todo Mospintoles —expuse—. Deberían nombrarle hijo predilecto de la ciudad.

Manolo miró a don Faustino y éste me miró a mí fijamente.

—Déjalo correr, Susana. No le hagas más daño.

—¿Y qué daño iba a hacerle, si puede saberse, que todos sus convecinos le muestren su cariño?

—Porque al día siguiente volverá con su perrillo a sentarse en aquel parquecito que lleva su nombre.

—¿Y cómo fue que pusieran su nombre a un parque, y encima tan pequeño?

—Pues ahí lo tienes, Susana, rica. Es lo que te dice tu profe. Le dan su nombre a una mierda de parque y no le suben la puta miseria de pensión que tiene. Cuando tuvo que jubilarse anticipadamente, porque le dio un amago de infarto para terminar de rematar la situación, alguien tuvo una idea tan genial como la tuya. Y como en aquel entronque de calles otro alguien dijo que pusieran un par de bancos y unos parterres, dieron su nombre a algo que todo el mundo conoce como el parquecito, y que no merece tampoco más distinción de lo pequeño que es. Seguro que tú te sabes el nombre del parque porque está frente a las rotativas de El Heraldito, que es donde trabajas.

—¿Qué quieres, Susana? Prolongar la agonía de este hombre. Al día siguiente seguirá siendo lo mismo que hoy es: un paria —noté a don Faustino algo tenso.

—Pero se merece un reconocimiento. Los tiempos han cambiado. Ahora los deportistas están mejor considerados...

—¡Ya! Y representan a su país, y como dijo Zapatero, son sus mejores embajadores —me cortó Manolo—. Y hala, todos los españoles a aplaudir como bobos, y de una tacada mandó a tomar por culo la carrera diplomática, no te jode, lo que hay que oír...

—Pues no sé si representan o no a su país, pero hoy en día una medalla en un campeonato de Europa se paga muy bien. Habría que hablar con el Consejo Superior de Deportes para que le reconozcan aquellas medallas y le den una subvención anual...

—Y una mierda Susana —me cortó don Faustino secamente. No me esperaba una reacción así—. ¿Qué tienen de especial los deportistas que según vosotros los chicos de la prensa representan y defienden a España en campos de juego y no en otros campos mucho más serios y para nada frívolos...?

Me quedé atónita, muda, con los ojos abiertos de par en par ante esta salida de tono de don Faustino.

—¿Qué tienen, te digo, los deportistas que no tengamos los otros españoles que llevamos también luchando por España desde las trincheras del trabajo diario? ¿Por qué no nos reconocen a los profesores nuestro trabajo con una medalla y una subvención? ¿Y a las amas de casa, y a los taxistas, y a los carteros, a los carniceros, a los electricistas, a los camareros, a los albañiles...? ¿Es que no defendemos también a nuestro país con nuestro trabajo día a día?

Decididamente don Faustino se había calentado. Se había levantado de la silla impetuosamente y algunas piezas del tablero habían caído al suelo. Yo estaba muda, no conocía a este don Faustino. Era la primera vez que le veía furibundo. —Deja a Ignacio donde está y como está. Con sus miserias. ¿Le has preguntado acaso? ¿Quién te crees que eres para alterar la vida de las personas sin que ellas te lo pidan? No Susana... Posiblemente tengas buenas intenciones, pero habrá otros que querrán entrevistarle, le sacarán de su rutina, le utilizarán, y el pobre diablo se ilusionará, como ha pasado tantas otras veces, para luego volver a quedar abandonado como un juguete roto... Feliz analogía la del inolvidable Summers...

Y diciendo esto don Faustino, visiblemente irritado, se fue a la trastienda del bar, cerrando la puerta con vehemencia.

Manolo se me quedó mirando por un largo rato. Yo tenía también alterados los nervios. Aguardaba allí a tranquilizarme antes de salir a la calle. El café ya se había enfriado...

—A ver piel canela... Ahora que Faustino ha salido, y que estará dando un paseo por la calle de atrás, deja que te diga algo que si se entera de que te lo he contado me costará un mes de no verle por aquí. Así que chitón, Susana, que

quiero seguirle viendo a diario —Manolo miró furtivamente hacia la puerta de la trastienda—. Quien lo metió en el ayuntamiento a dedo fue tu don Faustino en su etapa de concejal. Se enfrentó a todos en una época en la que estas cosas estaban mal vistas, no como ahora, porque veníamos de abandonar un régimen de favoritismos. Esa decisión acabó volviéndosele en contra. Y estate tranquila, que Iñaki no está solo. Faustino le visita dos veces al mes en su casa, y le hace un par de carros de compras en el súper de allí al lado, que se los llevan a casa al día siguiente, luego de que él mira lo que necesita. Y le compramos ropa, ehrrr..., le compra ropa a Iñaki cuando la necesita. Pero el tío es tan cabezota que para salir a la calle lleva siempre esa mierda de chándal ya gastado. Pero sí que tiene ropa de abrigo en casa. No te preocupes por Ignacio González Sanz, que está bien atendido por sus amigos, y deja correr las cosas, Susana, rica.